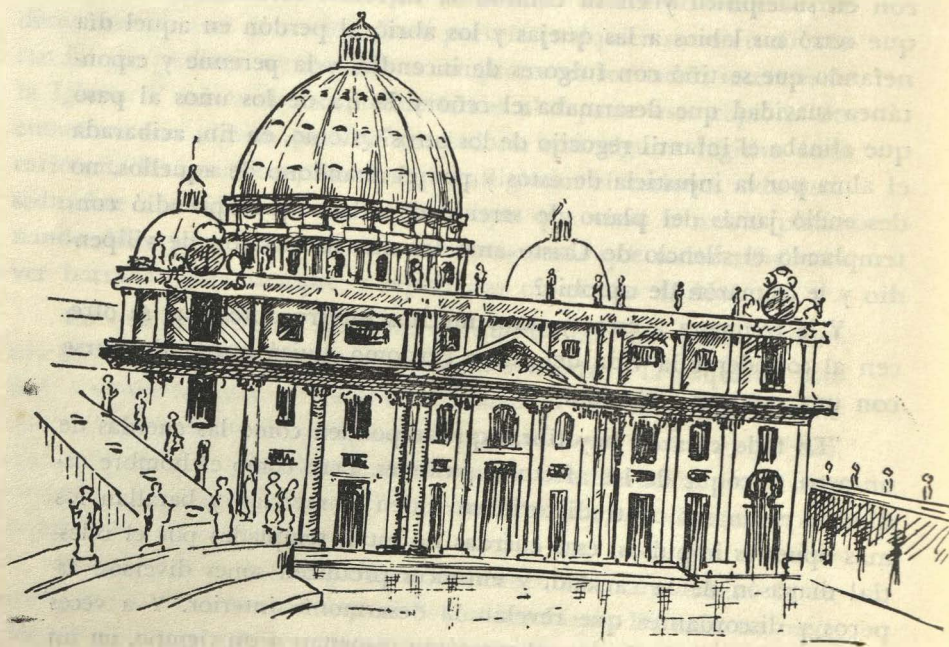


mismo corazón las notas altas de la virtud y las sordas y bajas de la pasión desordenada. Pero hay almas, como la del señor Perdomo, que mediante una larga, austera y ferviente disciplina espiritual, logran poner paz y armonía supremas entre sus ideas, sus afectos y pasiones; y cuando vibran, ya sea movidas por las brisas suaves, ya por los vientos tormentosos, son como arpas eolias que difunden un concierto dulcísimo, capaz de cautivar los espíritus y digno de hacerse oír en las alturas celestes. Y esas son las almas escogidas por Dios". (G. R.).

Eminentísimo Señor, Excelentísimos Señores, Ilustrísimo Señor:

Cuando a las primeras horas de la mañana el sol se nos esconde todavía detrás del Monserrate, si volvemos la vista al occidente, allí lo descubrimos ya en la brillante cumbre del Tolima. Dios, sol de eterna justicia y de infinita caridad, está todavía muy oculto a nuestros ojos, pero en la ejemplar existencia del Excelentísimo Señor Ismael Perdomo podemos contemplar el reflejo de los divinos resplandores. Que así esta vida tan querida sea hoy lo que fue ayer: un pregonero de la gloria del Señor.



FREUD (*)

Por MONSEÑOR JOSE EUSEBIO RICAURTE

Sigmund Freud es uno de los hombres que mayor influencia han ejercido en las ideas y en los rumbos de la ciencia y aun de la vida contemporánea. Fue verdaderamente un revolucionario y un descubridor genial. Abrió nuevos horizontes y mostró ignorados caminos a la ciencia de la psiquiatría, y a la psicología experimental. Es muy de lamentar que su materialismo absoluto lo hubiera obsesionado hasta el punto de no permitirle ver más allá de lo físico y niega rotundamente la existencia del alma y de Dios. Fue judío por su raza, y de ello se gloriaba siempre, aunque jamás admitió nada de su religión. Fue un ateo integral.

Nació en Freiberg, Checoeslovaquia, el 16 de mayo de 1886. Doctor en medicina a los veinticinco años en la Universidad de Viena, se dedicó a la anatomía del cerebro. Trabajó varios años con Brücke y con Meynert, y fue profesor de neurología en la misma universidad. Después en París trabajó en Charcot en la Salpêtrière.

Allí hizo uno de los descubrimientos trascendentales de su carrera, pues encontró que durante la hipnosis, especialmente en el estado sonambúlico, pueden hacerse aparecer muchos de los síntomas de las enfermedades psíquicas y también pueden hacerse desaparecer en los enfermos a quienes hasta entonces la ciencia no había podido curar, y dedujo que estas enfermedades no tienen causas fisiológicas. Llegó después a la conclusión de que en la etiología de la histeria intervienen solamente representaciones psíquicas de carácter traumático (1) sin sustratum anatómico, pues se pueden producir todos los

(*) Título correspondiente al capítulo VII del libro *Batallas del Pensamiento Contemporáneo*, que se publicará próximamente.

(1) Se llaman impresiones traumáticas las que producen una conmoción semejante a una herida incurable, y que siguen influyendo en el carácter, sentimientos e inclinaciones del individuo de manera totalmente inconsciente y desconocida para el que las padece.

síntomas por la sola sugestión, como parálisis, contracturas, dolores, no sólo durante el sueño hipnótico, sino después de él, y cuando estas órdenes se cumplen después en el estado de vigilia, el sujeto presentaba los síntomas completos, y si se trata de realizar actos de diferente especie, el paciente procura dar razones lógicas de sus actos. Allí había, pues, algo que obraba realmente sin que a la luz de la conciencia apareciera la razón profunda pero real del acto, que sólo el operador conocía.

Volvió después a Viena con las semillas de sus futuros descubrimientos. Había hecho una traducción al alemán de las obras de Charcot, pero no estaba de acuerdo con su maestro en cuanto a los métodos empleados, y por esto dejó definitivamente el sistema de la hipnosis para la curación de la histeria, con el que había logrado varios éxitos y muchas curaciones.

Al dar cuenta en la Sociedad de Médicos de Viena del resultado de sus estudios en París, expuso las teorías de Franz Anton Mesmer y de Juan Martín Charcot, y lanzó la idea nueva de que los síntomas de la histeria se pueden producir artificialmente y que existe una histeria masculina, lo que fue unánimemente rechazado, con burlas y agresiones, y dio por resultado su expulsión de la universidad y ser calificado como un iluso por los médicos vieneses.

Trabajó después con Breuer, y descubrió que la histeria podía ser curada cuando se logra que la enferma manifieste las causas psíquicas de su situación anormal, y mediante esa manifestación se logra su curación. En colaboración con el mismo Breuer escribió su libro titulado: *Estudios sobre la histeria*. Breuer se separó de él para seguir la ciencia tradicional y Freud solo se aventuró a continuar por el sendero misterioso contra la opinión de sus colegas.

Más tarde comprobó que gran parte de las enfermedades psíquicas eran producidas por sentimientos, inclinaciones e ideas que no aparecen en el campo de la conciencia del paciente, y permanecen ignoradas, aunque activas, y que el mismo paciente tiene invencibles impedimentos para manifestarlas, impedimentos que llamó con el nombre genérico de *resistencias* y que son debidos a una consciente o inconsciente *represión*, como llamó al hecho de relegarlas a lo inconsciente, por sentirlas deprimentes, inmorales o vergonzosas. Encontró además que esas tendencias que no podían manifestarse francamente trataban de actuar de manera muy diversa a lo que consti-

tuye su propio objeto, y a esto lo llamó *desplazamiento*, y esta es la causa de los síntomas neuróticos, que son la manifestación anormal y enfermiza de esas tendencias secretas que desconoce el que las padece.

Con esto había llegado al umbral de su gran descubrimiento que es el *inconsciente*. Ya en psicología se conocía su existencia y algunos de sus efectos en la vida humana, pero la psicología se limitaba a estudiar solamente lo que estaba en el campo de la conciencia y se rechazaba sistemáticamente el tratar de una cosa que no se podía conocer, y así el estudio del alma se reducía únicamente a los fenómenos conscientes. Freud se dedicó entonces al estudio de esa *región del alma, inconsciente y misteriosa, donde se hallan las semillas de los actos conscientes*. El descenso al abismo había comenzado.

Había sospechado la existencia de un mundo desconocido, laberíntico, inexplorado. Allí están latentes, dormidos, no muertos, todos los conocimientos que la memoria extrae de cuando 'en cuando, para sacarlos al campo iluminado de la conciencia; y allí todos los sentimientos, inclinaciones e ideas que forman nuestro temperamento y nuestro modo de ser, y son las raíces de nuestros gustos y pasiones. Pero le hacía falta un camino para llegar hasta allí, y comprendía que ese no era la hipnosis.

Sigmund Freud es el descubridor de lo que se llama *la psicología abismal*. Era el Colón de un mundo desconocido que él mismo no sabía como explorar. Llega a convencerse de que "toda nuestra vida psíquica es una lucha incesante entre el querer consciente y el querer inconsciente, entre nuestra acción responsable y nuestros instintos irresponsables". Muy equivocado andaría quien pretendiera medir el volumen y la fuerza de uno de esos témpanos de hielo, que se llaman icebergs, y que nadan por el océano, si sólo midiera la pequeñísima parte que emerge del agua, sin tener en cuenta el inmenso volumen que está abajo.

Pero ¿cómo descender a esas profundidades del alma? Existe un mundo, pero no se conoce el camino para llegar a él. Lo busca primero en los signos que manifiestan algo de lo que allí hay, y comienza por estudiar los sueños, que son brotes de los sentimientos reprimidos que en ellos tratan de revivir y actuar pues están libres de la vigilancia consciente, pero lo hacen siempre en formas simbólicas.

Sus estudios sobre los sueños lo llevan demasiado lejos, y sus interpretaciones, que en muchas ocasiones son acertadas, se tienen hoy por caprichosas y fantásticas, pues parece que en el libro en que los explica (1900) trata de demostrar sus ideas preconcebidas.

Intentó después la exploración del inconsciente por otros caminos, como las equivocaciones, que son traiciones de las ideas subconscientes, los chistes, y los mitos, que son representaciones metafóricas de lo que tenemos en el fondo de nuestro ser.

Después de estos tanteos llega al descubrimiento del psicoanálisis, que no es una doctrina, ni una filosofía, sino solo un camino para llegar al conocimiento de los detalles de la psicología abismal. Reproducimos aquí una descripción de la manera de realizarse el psicoanálisis (de Jacinto Parral, en su obra sobre Freud, cap. III). "El enfermo permanece recostado en un diván durante la consulta. Se comprometerá a mantenerse en estado sereno de auto-observación, comunicando cuantas ideas, sensaciones, recuerdos o sentimientos le vayan ocurriendo, sin alterar el orden de presentación; evitando toda reflexión consciente, dará libre curso a su relato asociativo, sin detenerse a analizar la importancia que a su juicio merezca, ni por su contenido escabroso, ni por su aparente falta de coordinación. Nada debe parecerle demasiado insignificante, ni absurdo, ni desagradable, ni privado de interés, y evitará las alteraciones y los titubeos y los circunloquios. Toda trasgresión a estas reglas dificultará o invalidará el análisis. . . Poco a poco el enfermo va descubriendo los meandros más íntimos de su ser, volcando su contenido anímico en forma fragmentaria y en apariencia confusa. . . No escapará a la sagacidad del psicoterapeuta el tono de la voz, las interrupciones bruscas, los olvidos, las equivocaciones, las frases truncas, el cambio de tema. . ."

En la técnica de este examen es necesario tener en cuenta muchos elementos como son la *resistencia*, que consiste en la oposición parte consciente y parte inconsciente que opone el enfermo para dejarse conducir hasta sus propias interioridades, en lo que él mismo va encontrando sorpresas y aun cosas que van contra sus propias opiniones conscientes. La *represión*, que produce el *desplazamiento*, y que consisten en que los impulsos no satisfechos tienden a manifestarse de manera diversa de su propia naturaleza, es decir, a ocultarse, y los elementos afectivos dejan su representación franca y directa, icástica, y se disfraza con una imagen que ocupa su lugar y la repre-

senta en forma alegórica o simbólica. Cuando esos sentimientos afectivos son vergonzosos o deprimentes para la conciencia, pueden tomar formas nobles y elevadas, como el arte, el patriotismo, la poesía, la enfermiza exaltación religiosa, y entonces toman el nombre de *sublimación*.

Como consecuencia de estos estudios encontró que muchos de los síntomas de las llamadas neurosis no son más que manifestaciones sustitutivas de impulsos reprimidos, y por consiguiente, conocidos esos impulsos, se tiene ya la causa de la enfermedad y por lo mismo el camino de la curación.

Sigmund Freud observó que una y otra, y casi todas las personas psicopáticas debían su enfermedad a la represión de tendencias sexuales, y de allí dio un paso muy atrevido al afirmar que el origen de todos los trastornos neuróticos está en una tendencia erótica reprimida. De allí pasó a la afirmación demasiado temeraria de que todas las tendencias humanas, absolutamente todas, no son sino ímpetus sexuales unas veces sencillos y francos, otras veces más o menos disfrazados. El llama a esa tendencia general la *libido*, y la define como la tendencia universal y necesaria de todo ser humano a buscar alguna satisfacción, aunque esta no sea siempre sensual o libidinosa. La metamorfosis de esta tendencia es la causa de todos los impulsos humanos y todas las humanas inclinaciones no son más que este impulso único manifestado de mil modos diferentes, de donde resultan todos los deseos y pasiones humanas, desde la pasión brutal del sexo, el amor romántico, el anhelo de gloria o de sabiduría, la literatura y las artes todas, la poesía y la música, el deseo de la ciencia, o de hacer el bien a los semejantes. Estas sublimaciones son, según Freud, las que producen los mitos, las escuelas filosóficas, las religiones.

En un libro titulado *El Yo y el Ello* (1923) explica su sistema de psicología. Dice que el Ello es el dominio del inconsciente en sentido estricto; es el principio de las tendencias e instintos, activo, inaccesible al dominio de la conciencia ni al de la voluntad. El Yo es la parte del Ello que ha sufrido la influencia de la conciencia y de las percepciones; lo forman todos los conocimientos, ideas, sensaciones e influencias que han pasado por la conciencia y se han entrelazado con el ello. Y el Super-Yo, que está formado por las represiones externas o convencionales, instrucción, educación y demás elementos que forman nuestro modo de ser y constituyen la conciencia moral. Ese Su-

per-Yo es el que produce la cultura, la religión, el arte. Las ideas de Dios, de alma espiritual, de moral y de religión no son sino ficciones de Super-Yo.

Le dio el nombre de *complejos* a unos sistemas de asociaciones de tendencias, sentimientos, ideas, tanto conscientes como inconscientes, que forman un determinado modo de ser o de obrar. Les puso a los principales de ellos nombres sacados de las tragedias griegas, donde encontró los detalles y las expresiones de toda la psicología humana. Los principales son el de Edipo, que consiste en la mezcla de amor, respeto y temor al padre y el deseo de sustituirse a él. La tragedia de Sófocles narra que Edipo mató a su propio padre, Layo, sin conocerlo. La Esfinge le revela el enigma, recibe como premio el ser esposo de la hermosa Yocasta, con la que se casa, sin saber que era su propia madre.

El complejo de Electra es el conjunto de sentimientos e impulsos que siente la mujer por su propia madre. Alude a la tragedia de Sófocles, en la que Agamenón es asesinado por su esposa Clitemnestra, la cual en venganza es asesinada por Orestes, ayudado por Electra, hija de Agamenón y Clitemnestra, y que estaba incestuosamente enamorada de su padre a quien deseaba vengar.

Los complejos son innumerables y van moviendo o inclinando al ser humano en diversas direcciones, como por ejemplo el complejo de culpabilidad que induce a buscar el propio castigo, para sentirse aliviado de los remordimientos; el de inferioridad que hace a la persona sentirse tímida o rebelde.

Sigmund Freud llegó hasta aplicar estas teorías no sólo a los seres humanos, sino a la humanidad en general y a los pueblos, y a pretender explicar toda la historia humana.

Cuando la tiranía de Hitler desterró a todos los judíos, tuvo que dejar su tranquila residencia de Viena y se refugió en Londres, donde murió el 23 de septiembre de 1938, a los 83 años de edad.

CRITICA

Es evidente que Sigmund Freud hizo descubrimientos que han ayudado poderosamente la psicología especialmente la psiquiatría, entre los cuales parecen ser los más importantes los siguientes:

Su descubrimiento capital, realizado al principio de su carrera, asociado con Breuer, de que la causa de la histeria y de muchas psi-

cosis no es una lesión fisiológica, sino un hecho que haya sido consciente o inconsciente, está ya olvidado y desconocido y que está relegado a lo inconsciente, y que al descubrirse produce el equilibrio psíquico, es decir, la curación de la enfermedad.

El reveló muchos de los secretos de lo que ha venido a llamarse *psicología abismal*. Antes se pensaba que la psicología no tenía que estudiar sino los fenómenos conscientes y se le había dado muy poca importancia al estudio del subconsciente.

Demostró el inmenso poder que tiene en la vida humana lo inconsciente, y como todos nuestros conocimientos, sensaciones y especialmente nuestros sentimientos, aunque estén olvidados y desconocidos tienen una influencia enorme en nuestro carácter, y cada uno de nuestros actos pasados, como cada una de las ideas que han pasado por el campo de la conciencia, aunque estén olvidadas tienen gran poder para orientar nuestros gustos, inclinaciones y pasiones.

Encontró el sentido de las parapraxias o equivocaciones, que a veces traicionan nuestros íntimos y escondidos sentimientos. Mostró que en los sueños puede haber un sentido latente, y que pueden ser manifestaciones matamorfoseadas de tendencias cohibidas, y que estas representaciones oníricas pueden tener importancia para el psiquiatra.

Creó el nombre, muy acertado, de complejos.

Lo más importante de su obra fue el haber encontrado el método de exploración del subconsciente llamado psicoanálisis. Es sólo un método de preguntar y averiguar con el mismo paciente las causas secretas y desconocidas para él mismo de sus anomalías. No es una doctrina, ni una filosofía.

Si se hubiera limitado a estos estudios, habría contribuido poderosamente al adelanto de las ciencias psíquicas; pero avanzó por otros caminos, y al penetrar en el campo de la filosofía, no sólo se extravió, y cayó en groseros errores, sino que por su gran influencia de sabio, ha hecho y sigue haciendo mucho mal. Muy atinadamente dice de él Jacques Maritain (Cuatro ensayos sobre el espíritu en su condición carnal): "Me parece que toda discusión sobre este asunto está condenada al fracaso, si desde el principio no se distingue claramente el *psicoanálisis*, como método de investigación psicológica y de tratamiento psiquiátrico y *freudismo*, como filosofía. Es necesario echar mano de una triple división: distinguiremos el método psico-

analítico, la *psicología freudiana*, y la *filosofía freudiana*. Con respecto al primer plano (método psicoanalítico, Freud, a mi parecer, se revela como un investigador genial; respecto al tercer plano (*filosofía freudiana*), es como un obsesionado; con relación al segundo plano (*psicología freudiana*) se presenta como psicólogo de gran valor, cuyas ideas, activadas por un asombroso instinto de descubrimiento, están viciadas por un empirismo radical y por una metafísica aberrante, inconsciente de sí misma.”

Su obra tiene gravísimos errores, el más importante y causa de todos los demás es su materialismo absoluto y total. No admite otra existencia, ni otra posibilidad que la materia.

Como consecuencia lógica inmediata, niega toda religión, incluso la judía y rechaza su práctica. Niega la libertad humana y atribuye todas las acciones a resultantes orgánicas, contra el testimonio de la propia razón que nos dice que muchas acciones han sido ejecutadas por una determinación libre y espontánea, de las cuales resulta la responsabilidad, que él niega, como es lógico, pues si no existe la voluntad, ni la razón, ni la libertad, tampoco la responsabilidad.

Generaliza ilógicamente, como cuando da reglas absolutas para la interpretación de los sueños, o cuando por haber encontrado que muchos enfermos tenían tendencias sexuales reprimidas, deduce que todos los actos humanos en todos los hombres no pueden tener otra causa.

Su teoría de la *libido*, tiene mucho de verdad y es cierto que es una fuerza poderosa, y causa de mil pasiones y de muchas anomalías. Pero se excede hasta llegar al *pansexualismo*, o sea a la reducción de todos los sentimientos y actos humanos a manifestaciones de este instinto, unas veces directo, otras sublimado.

Por esa tendencia a generalizar sus deducciones dice que el complejo de Edipo se halla absolutamente en todos los hombres y el de Electra en todas las mujeres.

La identificación entre la conciencia moral y lo que él llama el *super-ego* es una confusión lamentable y una ignorancia inexplicable. Lo que llama *super-ego* es la resultante de la presión social, del influjo de los padres, de las conveniencias externas, mientras que la conciencia moral es nuestra razón misma que juzga nuestros actos libres, independientemente de su conveniencia social.

Freud se levanta como un enemigo poderoso contra toda moral, y su poder no está tanto en su ciencia, cuanto en la influencia grata que tiene para excitar pasiones y concederles derechos ilimitados.

Error suyo fundamental es el afirmar que la existencia de Dios y toda la fe religiosa es algo subjetivo, que nace del inconsciente y es sólo la metamorfosis del instinto sexual, de la libido. Este error ya había sido condenado enérgicamente, antes de las doctrinas freudianas, por San Pío X, en la encíclica *Pascendi*, en que censura el modernismo. Esta condenación se halla reiterada por el mismo Papa en el juramento de fe que exigió para la toma de posesión de cualquier cargo o título en la Iglesia.

Su teoría del pansexualismo halaga las pasiones y de allí su éxito. Asegura que es conveniente, e higiénicamente necesario dar siempre libre expansión a todas las pasiones sexuales, sin ninguna barrera moral, por ser, según él, la primera y la única necesidad humana. Esta es una excusa seudocientífica para la corrupción y el desenfreno y por eso siguen tal teoría muchas formas nuevas de corrupción, en la novela, el cine, libros pornográficos, y en general la literatura y el teatro que se erigen en empresas lucrativas que medran explotando las pasiones vergonzosas, a las que Freud quita ese nombre y las llama necesarias, naturales y *forma sustancial y esencia del alma*.

Freud, es pues, el gran enemigo de la moral humana, más que de la misma Iglesia.

Su método principal de investigación es el psicoanálisis. No es una teoría, ni un dogma, sino sólo un método de investigación y también de curación, y en este sentido la Iglesia lo admite. Pero tiene que someterse a los límites que la moral impone a todo acto, y el abusar de él es un pecado, como cualquier otro abuso.

Sobre este punto habló el Papa Pío XII en dos ocasiones (el 14 de septiembre de 1952, al congreso internacional de histopatología del sistema nervioso, y el 14 de abril de 1953, al congreso internacional de psicoterapia y psicología clínicas).

En la primera alocución dice que “para justificar en moral nuevos procedimientos, nuevas tentativas y métodos médicos de investigación y de tratamiento se invocan, sobre todo tres principios:

- 1) El interés de la ciencia médica.
- 2) El interés individual del paciente que ha de tratarse.
- 3) El interés de la comunidad o bien común”.

En la imposibilidad de copiar aquí íntegramente estos trascendentales documentos, que no sólo son importantísimos por proceder de la suprema autoridad de la Iglesia, sino por la excelsa sabiduría y conocimiento con que ilustran, nos contentamos con un breve resumen. Quien necesite conocer estas cuestiones necesitará estudiarlos detenidamente.

Sobre el primer punto dice: *“La ciencia misma, lo mismo que su investigación y adquisición deben incluirse en el orden de los valores... Aquí se alcanzan fronteras bien definidas, que ni siquiera la ciencia médica puede transgredir sin violar las reglas morales superiores. Las relaciones de confianza entre el médico y el paciente, el derecho personal del paciente a la vida, física y espiritual, en su integridad psíquica o moral, he aquí, entre muchos otros, valores que superan el interés científico.”*

Al tratar del interés del paciente como justificación de nuevos métodos dice: *“En primer lugar debe darse por supuesto que el médico, como persona privada no puede tomar ninguna medida, ni intentar ninguna intervención sin el consentimiento del paciente. El médico no tiene sobre el paciente sino el poder y los derechos que éste le dé, sea explícita, sea implícita y tácitamente. El paciente, por su parte, no puede conceder más derechos de los que él mismo posee. El punto decisivo en este debate, es la licitud moral del derecho que el paciente tiene de disponer de sí mismo. Aquí se alza la frontera moral de la acción del médico... He aquí un ejemplo: para librarse de represiones, inhibiciones, complejos psíquicos, el hombre no es libre de despertar en sí, con fines terapéuticos, todos y cada uno de aquellos apetitos de la esfera sexual que se agitan o se han agitado en su ser y mueven sus aguas impuras en su inconsciente o subconsciente. No puede hacer de ellos el objeto de sus representaciones o de sus deseos plenamente conscientes, con todas las emociones y repercusiones que entraña tal proceder. Para el hombre y el cristiano existe una ley de integridad y pureza personal, de estima personal de sí mismo, que prohíbe sumergirse totalmente en el mundo de la representación y de las tendencias sexuales. El “interés médico y psicoterapéutico del paciente” encuentra aquí un límite moral. No se ha probado, aun más, es inexacto, que el método pansexual de cierta escuela de psicoanálisis sea una parte integrante indispensable de toda psicoterapia seria y digna de ese nombre.”*

Al hablar del interés del bien común dice: *“Se plantea esta cuestión: el “interés médico de la comunidad”, ¿no está, en su contenido y en su extensión, limitado por alguna ley moral? ¿hay “plenos poderes” para cada experiencia médica seria sobre el hombre vivo?... O con otra fórmula: la autoridad pública, a quien precisamente compele el cuidado del bien común. ¿Puede dar al médico el poder de intentar ensayos sobre el individuo en interés de la ciencia y de la comunidad, para inventar y experimentar métodos y procedimientos nuevos, cuando estos ensayos sobrepasan el derecho de los individuos a disponer de sí mismos? ¿Puede realmente la autoridad pública, en interés de la comunidad limitar, e incluso suprimir el derecho del individuo sobre su cuerpo y su vida, su integridad corporal o psicológica?”*

Al contestar estas preguntas el Papa propone el caso de “los grandes procesos de la post-guerra en los que se entregaron algunos de los reos de los campos de concentración para tales experimentos y dice que no se pueden considerar *“sin que se apodere de uno el espanto ante semejante aberración del espíritu y del corazón humanos. Pero Nos podemos añadir: los responsables de estos hechos atroces no han hecho más que responder por la afirmativa a las cuestiones que hemos propuesto, y sacar las consecuencias prácticas de esta afirmación”*.

En la segunda de las alocuciones citadas dice: *“Existe un malestar psicológico y moral, la inhibición del yo, de que vuestra ciencia se ocupa con el fin de descubrir sus causas. Cuando esta inhibición invade el campo moral, por ejemplo, cuando se trata de dinamismos, como el instinto de dominación, de superioridad, o el instinto sexual, la psicoterapia no podría, sin más, tratar esta inhibición del yo como una especie de fatalidad, como una tiranía del estímulo afectivo, que brota del subconsciente y que escapa simplemente al control de la conciencia y del alma. Téngase en cuenta de no rebajar tan rápidamente al hombre concreto, con su carácter personal, al rango del bruto. No obstante las buenas intenciones del terapeuta, hay espíritus delicados que se resienten amargamente de esta degradación al plano de la vida instintiva y sensitiva.”*

“No deberían estimarse (ciertas formas del psicoanálisis) como el único medio para atenuar o curar perturbaciones sexuales psíquicas. El repetido principio de que las perturbaciones sexuales del in-

consciente, lo mismo que las demás inhibiciones de origen idéntico, no pueden ser suprimidas sino mediante su evocación a la conciencia, no tiene valor si se generaliza sin discernimiento. El tratamiento indirecto tiene también su eficacia y con frecuencia es más que suficiente. Por lo que se refiere al uso del método psicoanalítico en el campo sexual, nuestra alocución del 13 de septiembre (arriba citada) indicaba ya sus límites morales. En efecto, no se puede considerar, sin más, como lícita la evocación a la conciencia de todas las representaciones, emociones y experiencias sexuales, que duermen en la memoria y en el inconsciente, y que se actualizan así en el psiquismo. Si se da oídos a las protestas de la dignidad humana y cristiana, ¿quién se arriesgará a pretender que este procedimiento no lleva consigo ningún peligro moral, sea inmediato, sea futuro, en tanto que, aun cuando se sostenga la necesidad terapéutica de una exploración sin límites, esta necesidad no está, por lo demás, probada?"

"La norma práctica de psicoterapéutica, que anunciábamos, toca, un interés esencial de la sociedad: la salvaguardia de los secretos, que pone en peligro el uso del psicoanálisis. No está del todo excluido el que hechos o conocimientos secretos replegados en el subconsciente provoquen serios conflictos psíquicos. Si el psicoanálisis descubre la causa de tal perturbación, querrá, según su principio, evocar totalmente ese inconsciente, para hacerlo consciente y suprimir el obstáculo. Pero hay secretos que es absolutamente necesario callar, incluso al médico, aun a pesar de graves inconvenientes personales. El secreto de la confesión no permite ser revelado; se excluye igualmente el que el secreto profesional sea comunicado a otro incluso al médico. Lo mismo dígame de otros secretos. Se apela al principio: *Ex causa proportionate gravi licet uni viro prudenti et secreti tenaci secretum manifestare, (por una razón proporcionalmente grave es permitido revelar un secreto a un varón prudente, capaz de guardarlo).* El principio es exacto dentro de restringidos límites, para algunas clases de secretos; no conviene utilizarlo sin discreción en la práctica del psicoanálisis."

Más adelante trata otro punto, de importancia trascendental. Dice: "Pertenece asimismo a las relaciones trascendentes del *siquismo* el sentimiento de culpabilidad, la conciencia de haber violado una ley superior cuya obligación se reconocía; conciencia que puede convertirse en sufrimiento e incluso en perturbación psíquica."

La psicoterapia aborda aquí un fenómeno que no resulta de competencia suya exclusiva, porque es también, si no ya principalmente, de carácter religioso. Nadie discutirá que puede existir, y ello no es raro, un sentimiento de culpabilidad irracional, hasta patológico. Pero se puede tener igualmente conciencia de una falta real que no ha sido borrada. Ni la psicología ni la ética poseen un criterio infalible para casos de este género, porque el proceso de conciencia que engendra la culpabilidad tiene una estructura demasiado personal y demasiado sutil. Pero en todo caso es seguro que la culpabilidad real no se curará con ningún tratamiento puramente psicológico. Aun cuando el psicoterapeuta la niegue, puede ser que de muy buena fe ella perdure. Aunque el sentimiento de culpabilidad sea alejado por intervención médica, por autosugestión o por persuasión de otro, la falta queda; y la psicoterapia se engañaría y engañaría a los demás, si para borrar el sentimiento de culpabilidad pretendiera que la falta no existe ya. El modo de eliminar la falta no depende de algo puramente psicológico, consiste, como todo cristiano lo sabe, en la contrición y absolución sacramental del sacerdote. Aquí la fuente del mal, la falta misma, es lo que se extirpa, aunque el remordimiento talvez continúe atormentando. No es raro en nuestros días el que, en ciertos casos patológicos el sacerdote envíe a su penitente al médico; en tal caso el médico debería más bien encaminar su cliente a Dios y a aquellos que tienen el poder de perdonar la falta misma en el nombre de Dios."

BIBLIOGRAFIA

- Sigmund Freud.—Sus obras. Traducción de Luis López Ballesteros.
Freud.—Stefan Zweig.
Freud.—Su vida y su mente, por Helen Walker Puner, traducción de Miguel Siguán.
Freud, por Jacinto Parral.
Psicoanálisis y conciencia moral. Recopilación de estudios.
Conciencia moral e incidencias psiquiátricas, por P. Tesson, S. J.
Psicoanálisis y moral, por C. Nodet.
Psicoanálisis y conciencia moral, por F. Pasche.
Psicoanálisis y simbolismo religioso, por L. Beirnaert.
Psicoterapia y valores existenciales, por I. Caruso.
Cuatro estudios sobre el espíritu, por Jacques Maritain.
El centenario de Freud, por Mateo Mankeliunas.